

Poesía

Diario abierto

Dionisia García

Trieste. Madrid, 1990
64 páginas. 700 pesetas

La poesía es para Dionisia García la invitación para ver una estrella. Y, además, creo que, efectivamente, la autora tiene «ticket» preferente. En la nómina, ya intensamente poblada, de la lírica femenina, la autora de «Diario abierto» es una voz tan limpia e íntima que no ha podido por menos de ser oída, y de ocupar en el «meeting» confuso y gritón de tantas voces agresivas butaca de patio. Dionisia García elige para su viaje a Mnemosine, que es la diosa —además del título de su primer gran libro, apenas valorado hasta hoy— de la memoria. Pero la elige como mediación y no como punto de referencia. Como Diana cazadora, incluye el milagro de la vida sobre todo, pero no se limita a transcribirlo. Enciende su memoria para imantarla y dar con su sentido.

Nacida en Fuente Álamo (Albacete), licenciada en Románicas, codirectora de «Tránsito» y de otras empresas culturales, con varios libros de poemas —«El vaho en los espejos», «Antífonas», «Mnemosine», «Voz perpetua» e «Interludio»—, y algunos textos narrativos y aforísticos —«Antiguo y mate», «Ideario de otoño»...—, la aparición de «Diario abierto» configura un mundo muy propio y homologa el estado de su poesía grávida de silencios y misterios. No es una poetisa que escribiese de perfumes sin conseguir los aromas. Su obra conserva azorinariamente el perfume en el vaso, el aroma de una infancia, la pureza del paraíso, la añoranza de la naturaleza.

Arranca este libro de las mismas aguas de su poesía anterior, de la que, de algún modo, es una reducción esencial. Se mantiene en ella la sustancia de un originalísimo mundo poético, en un «continuum» donde el tiempo no es únicamente el Cronos destructor, sino el pálido mensajero que va y viene con ella para que no olvide los momentos de dicha. El tiempo, así concebido, actúa como un poderosos mito —junto con los recuerdos y el mar— que devasta la vida del poeta en lo que tiene de arborescencia vital y aun sentimental y le permite recoger sus vislumbres, esa carga de radiactividad de toda existencia fértil.

Y, sin embargo, tal expectativa no surge de los amparos simbolistas o románticos, pese a que Leopardi le contagia en ocasiones su distanciamiento de la realidad: Dionisia García acompaña al tiempo en su corazón. Y no para medirlo simplemente, sino en conjugación del pasado y del presente.

Todo esto que decimos —y que figura en la trama de sus libros anteriores— es defendible incluso ante unos poemas tan escuetos en su propuesta, tan elementales en cierto modo como los de «Diario abierto». El libro consta de dos partes que pueden leerse sin solución de continuidad, dentro de un ámbito interrelacionado. El «humus» proteico, como una emanación de la naturaleza que enseñoera las dos partes de «Diario abierto», tituladas «Edades» y «Mirador», es la columna cuasi

bíblica de un patriarcalismo subyacente, de un franciscanismo natural, alimentadores de la gran energía lírica del poemario. Dionisia García reconquista su intimidad cada vez con menos elementos expresivos, porque también conspiran a su favor los espacios sugerentes.

Sin que, por ello, la autora de este libro se despoje de su nítida dialéctica de «menosprecio de corte y alabanza de aldea». La ciudad sigue siendo la enemiga de su silencio y de su gozo. En realidad, para fijar su mundo le basta la soledad («Sola en la casa apuro mi café», dice en un verso), y para fijar su estética le basta con la sencilla enumeración de la palabra, hasta invadirnos con un mundo de presagios, de lozanía campestre, de domesticidad ruralizante y cotidiana que eleva esta lírica a un nivel mágico.

Florencio MARTÍNEZ RUIZ



Dionisia García